POR UNA PAZ QUE NO TRAICIONE A LA JUSTICIA

Llamamiento de los académicos reunidos en Roma, 5 y 6 de noviembre de 2026

Congreso internacional «La paz a prueba del mundo»
Cristianos orientales, conflictos y construcción de la paz
Pontificio Instituto Oriental, Roma
Organizado por el Institut chrétiens d'Orient, bajo el patrocinio de la Embajada de Francia ante la Santa Sede, con el apoyo de L'Œuvre d'Orient

En colaboración con Ayuda a la Iglesia Necesitada, el Knights of Columbus Charitable Fund, Solidarité-Orient, la Embajada de la Orden de Malta ante la Santa Sede y la Fondazione Boscolo

A Su Santidad el papa León XIV

Santo Padre:

Reunidos en Roma para un congreso internacional sobre los cristianos orientales, los conflictos y la construcción de la paz, somos académicos de varios países, en su mayoría procedentes de universidades católicas, venidos de diferentes disciplinas y tradiciones.

Ante las guerras que desgarran Oriente Medio, Europa oriental y tantas otras regiones del mundo, nos negamos a que la paz siga siendo un ideal proclamado y constantemente pospuesto.

Los cristianos orientales tienen una palabra que ofrecer al mundo. Conocen la guerra y el desplazamiento. Pero también conocen la coexistencia, el diálogo y la fidelidad. Su experiencia puede cambiar nuestra manera de pensar la paz.

No pretendemos hablar en nombre de las víctimas. Pero su sufrimiento no puede ser mero objeto de estudio. Nos obliga a cuestionar nuestras enseñanzas, nuestras investigaciones, nuestras instituciones y nuestra propia responsabilidad.

Consideramos que una universidad católica no puede contentarse con comprender los mecanismos de la guerra, sino que debe contribuir también a pensar las condiciones de la paz y a defender la dignidad humana, sin distinción de origen, religión o convicción.

Rechazamos una paz sin justicia, un orden internacional sin respeto al derecho, una fe que justifique la violencia y un conocimiento que permanezca indiferente al sufrimiento humano.

De esta convicción nacen doce compromisos.

EDUCAR PARA LIBERAR

1. Formar conciencias, no partidarios.

La paz comienza allí donde la educación reconoce la dignidad de cada persona, en su cultura, su historia y su contexto de vida. Queremos enseñar las causas de los conflictos sin adoctrinamiento, aprender a discernir las injusticias, a resistir los prejuicios y a resolver las diferencias sin violencia. Que nuestras escuelas y universidades formen conciencias libres, capaces de servir al bien común y de reconocer en el extranjero a un prójimo. La educación es un derecho para todos, incluidos los más pobres.

2. Que quienes enseñan la fe aprendan a salir al encuentro del otro.

La ignorancia religiosa alimenta el miedo, y el miedo alimenta las divisiones. Deseamos que se desarrollen formaciones conjuntas entre seminarios, instituciones musulmanas, en particular al-

Azhar, y establecimientos universitarios, así como talleres interreligiosos para docentes sobre ciudadanía y libertad de conciencia. Nadie debería guiar las conciencias sin haber aprendido a respetar las de los demás.

3. No seguir transmitiendo las divisiones en nombre de la historia.
La escuela puede convertirse en el lugar donde los conflictos se perpetúan de generación en generación. Pedimos que, allí donde mantengan las divisiones, los programas de historia y de educación religiosa se replanteen con los profesores, investigadores, familias y la sociedad civil, sin imponer una memoria oficial y sin silenciar las guerras recientes. La historia y la religión deben iluminar las conciencias, no fabricar nuevos enemigos.

BUSCAR LA VERDAD, SANAR LAS MEMORIAS

4. Hacer de nuestras universidades artesanas permanentes de la paz.
La paz no puede ser el tema de un congreso para luego desaparecer de nuestros trabajos. Nos comprometemos a trabajar en la constitución de una red internacional de universidades, abierta a socios de todas las tradiciones, donde teólogos, filósofos, historiadores, juristas, geopolíticos, psicólogos e investigadores en ciencias sociales trabajen juntos, dando su lugar a una teología local y contextual. Programas anuales, universidades de verano, publicaciones comunes y proyectos piloto entre universidades de todos los continentes asociarán a las sociedades civiles en la construcción de la ciudadanía, la justicia y la fraternidad humana. Que las diásporas sean en ella verdaderos actores de paz.

5. La memoria debe servir a la verdad, no a la venganza.
Las heridas de la historia no sanan ni con el olvido ni con la falsificación. Queremos confrontar los relatos, estudiar las memorias antagónicas, en particular en torno a lugares disputados o compartidos como los Santos Lugares de Jerusalén o Santa Sofía, y hacer accesibles las fuentes en sus diferentes lenguas, para redescubrir también las historias de reconciliación. Queremos asimismo editar y difundir en Próximo Oriente un corpus de textos siríacos y árabes, cristianos y musulmanes, que afirmen la primacía de la paz.

6. Un alto el fuego no basta para construir la paz.
Una sociedad puede deponer las armas y seguir siendo prisionera del miedo, la injusticia y la desconfianza. Una paz verdadera une de forma indisociable la justicia, la seguridad de las poblaciones y el Estado de derecho. Hacemos un llamamiento para crear, junto con instituciones universitarias cristianas y musulmanas, observatorios independientes de las reformas educativas y de los lugares de memoria disputados, y proponemos un indicador cualitativo de la paz como bien común, más allá de los meros índices de seguridad, basado en la justicia vivida, la confianza social, la participación ciudadana y la cooperación entre comunidades.

ENCONTRARSE, ACOGER, RECONCILIAR

7. Hacer del encuentro una práctica, no una ceremonia.
El diálogo entre religiones y comunidades, del que depende el futuro de la humanidad, no puede reducirse a declaraciones entre líderes religiosos. Debe llegar a las escuelas, los barrios, las universidades y los lugares de vida, en la confianza y la estima mutua. Queremos construir espacios permanentes de encuentro y mediación, con socios cristianos, musulmanes, de otras tradiciones y sin adscripción confesional. Que las iniciativas internacionales apoyen ante todo las solidaridades locales.

8. Nadie debe ser ajeno a la dignidad humana.
La ciudadanía no puede depender de la religión. Defendemos la igualdad ante la ley y la libertad de conciencia, incluida la de cambiar de religión o no practicar ninguna. Pedimos que la acogida de refugiados se base en garantías jurídicas nacionales y locales más que en la mera generosidad, a la luz, en particular, de las solidaridades entre Polacos y Ucranianos. La dignidad humana debe encontrar su traducción en el derecho.

9. El perdón no abole la justicia. Rechaza la fatalidad del odio.
Los delitos deben reconocerse y se deben establecer las responsabilidades. La reconciliación no se precipita. Supone la verdad y el respeto a las víctimas. Pero las heridas del pasado no deben condenar a las generaciones del futuro. Invitamos a las Iglesias a recurrir a sus tradiciones litúrgicas para extraer los recursos del perdón y la comunión, e instituir momentos comunitarios de reconciliación, por ejemplo celebraciones eucarísticas que reúnan a fieles de naciones en conflicto, respetando las disciplinas eclesiales. Que la memoria del sufrimiento se convierta, a la luz del Resucitado, en un camino de perdón y renacimiento.

SERVIR A LA JUSTICIA, RECHAZAR LA DOMINACIÓN

10. Apoyar a las comunidades es también permitirles servir a todos los demás.
La presencia cristiana en Oriente no se reduce a una cuestión de supervivencia. Los cristianos de Oriente son plenos ciudadanos de sus países. Sus escuelas y obras sociales ya contribuyen a la coexistencia entre comunidades y pueden ayudar a reconstruir las sociedades, especialmente en Siria, donde la ciudadanía está en juego. Pedimos que las comunidades cristianas, y en primer lugar sus instituciones educativas, sean reconocidas y apoyadas como socias de la paz, según el principio de subsidiariedad y respetando su autonomía. Participar en el bien común es una responsabilidad.

11. Dios no puede convertirse en la coartada de la violencia.
La fe no es una frontera levantada contra el otro. Hacemos un llamamiento a las Iglesias para pasar de una identidad de protección a una identidad de fraternidad, profundizar su unidad en la verdad y el respeto mutuo, y trabajar en sus divisiones teológicas desde la perspectiva de una teología de la comunión. Proponemos un seminario intereclesial anual dedicado a la fraternidad, el poder, la ciudadanía y el pluralismo. Toda instrumentalización de la religión al servicio de una agresión, de un proyecto imperial o de una dominación política debe ser denunciada. La vocación de la Iglesia es servir a la paz, no sacralizar el poder.

12. Una paz que abandona a las víctimas no es una paz justa.
Ninguna causa justifica los ataques contra civiles. Desde el Líbano, Jordania, Siria e Irak hasta Israel, Palestina y Gaza, desde Ucrania hasta el Alto Karabaj, desde Etiopía hasta las demás regiones castigadas, la protección de las poblaciones y el reconocimiento de sus derechos deben ser prioritarios. En Cisjordania, esta exigencia se aplica también a los pueblos, tanto cristianos como musulmanes, amenazados por la expansión de los asentamientos y la violencia de los colonos. No hay paz justa sin verdad, sin derecho y sin cuestionar las relaciones de dominación. La experiencia de la guerra contra Ucrania recuerda en particular la necesidad de liberar las conciencias de los relatos imperiales y neocoloniales. Hacemos un llamamiento a las Iglesias a participar en esta liberación de las conciencias, a defender la libertad, la igualdad y la dignidad de cada pueblo, y a negarse a convertirse en instrumentos de dominación política o cultural.

NUESTRO LLAMAMIENTO AL SANTO PADRE

Santo Padre:

Le rogamos que haga de la educación para la paz una prioridad renovada de la Iglesia, especialmente entre los jóvenes, los docentes y los universitarios.

Le rogamos que apoye la constitución de una red internacional de universidades por la paz, arraigada en las universidades católicas y abierta a otras instituciones, que siga haciendo oír la voz de los cristianos de Oriente y de Europa oriental, y que apoye su presencia, no solo como comunidades que deben ser protegidas, sino como actores de paz, reconstrucción y fraternidad en sociedades pluralistas.

Le encomendamos finalmente a las poblaciones del Líbano, Siria, Irak, Tierra Santa, Alto Karabaj, Etiopía, Ucrania y demás regiones golpeadas por la guerra, confiando en su discernimiento para los gestos de cercanía y paz que considere oportunos, incluida una visita a todas ellas cuando le sea posible.

Estos gestos no sustituyen la acción diplomática. Manifiestan que la Iglesia permanece junto a quienes sufren el golpe de la guerra y que ningún sufrimiento debe ser abandonado a la indiferencia.

NUESTRO COMPROMISO

No queremos añadir una declaración más a tantas otras declaraciones.

Nos comprometemos, por nuestra parte, a trabajar en la constitución de esta red de universidades por la paz, a poner en marcha formaciones comunes, a llevar a cabo investigaciones compartidas sobre las memorias, los programas de historia, la educación para la paz y la gobernanza internacional, a llevarlas ante las instancias de decisión y a apoyar iniciativas locales de paz con las sociedades civiles. Nos esforzaremos por asociar a nuestras instituciones. Queremos así apoyar y completar las iniciativas ya existentes, aportando lo propio de esta red: la mirada y la experiencia de los cristianos orientales.

Este congreso es solo un comienzo. Reúne sobre todo a universidades católicas. Nuestro proyecto es continuar este trabajo en los próximos años mediante un congreso ecuménico con protestantes y ortodoxos, y posteriormente con un congreso interreligioso con las grandes religiones, para pensar juntos la paz, primero entre cristianos y después con creyentes de otras tradiciones.

La paz no es solo algo que pedimos a los líderes políticos y religiosos. **Es también algo que debemos construir allí donde enseñamos, allí donde investigamos y allí donde vivimos.**

No pedimos una paz para los nuestros. Hacemos un llamamiento a una paz para todos.

Y asumimos nuestra parte en este compromiso.

FIRMANTES

Los firmantes se expresan a título personal. Su institución se menciona a efectos de identificación.

Antoine Fleyfel, Institut chrétiens d'Orient, Francia

Antoine Arjakovsky, Collège des Bernardins, Francia

Eduard Berdnyk, Instituto de Estudios Ecuménicos, Universidad Católica de Ucrania, Ucrania

François Boëdec, Université Saint-Joseph de Beirut, Líbano

Christian Cannuyer, Solidarité-Orient, Bélgica

Maryann Cusimano Love, Catholic University of America, Estados Unidos

Yvonne Dohna Schlobitten, Pontificia Università Gregoriana, Vaticano

Victoria Vanesa Dos Santos, Universitat Ramon Llull, España

Philipp Endres, Katholische Universität Eichstätt-Ingolstadt, Alemania

Roman Fihas, Instituto de Estudios Ecuménicos, Universidad Católica de Ucrania, Ucrania

Gabriel Hachem, Université Saint-Esprit de Kaslik, Líbano

Lana Kazkaz, Universitat Ramon Llull, España

Richard Love, Catholic University of America, Estados Unidos

Charbel Maalouf, Institut chrétiens d'Orient, Francia

Manhal Makhoul, Solidarité-Orient, Bélgica

Alix Montagne, Ayuda a la Iglesia Necesitada, Francia

Mathias Nebel, Universidad Francisco de Vitoria, España

Przemysław Nowakowski, Uniwersytet Papieski Jana Pawła II w Krakowie, Polonia

Eva Sáenz-Diez, Universidad de las Hespérides, España

Wasim Salman, Pontificio Istituto di Studi Arabi e d'Islamistica (PISAI), Italia

Viktoriya Semenova, Uniwersytet Papieski Jana Pawła II w Krakowie, Polonia

Hugues de Woillemont, L'Œuvre d'Orient, Francia

Efrem Yildiz, Universidad de Salamanca, España